

## MILAGRO TRAS MILAGRO

Buenos días hermanos de las tres parroquias y visitantes de nuestra página web. Después de que esta semana de la octava pascual nos ha ofrecido las distintas apariciones de Jesús resucitado, la Iglesia nos está ofreciendo ahora los relatos del Evangelio en los cuales Jesús expone, no sólo ante sus discípulos, sino también ante todo el pueblo judío, el designio eterno del Padre: **QUE CREAN EN SU HIJO Y QUE SE SALVEN**.

En efecto, después de hablar a solas con Nicodemo del nuevo nacimiento, no de sangre ni de deseo carnal, sino del Espíritu, es decir de Dios, vuelve a dirigirse a la gente, al pueblo judío. A esta gente, no le falta deseo, no le falta proyecto, tampoco una razón para buscar y seguir a Cristo; y además, le buscan con un corazón inquieto e insaciable. Pero este estado interior de los judíos, ¿tiene algo que ver con lo que dijo san Agustín?: “**Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti**”.

Pues ¡no!. Y Jesús mismo se dio cuenta de esto y les dijo: «*Os lo aseguro, me buscáis, no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros...*». En el corazón de todo hombre, como en el corazón del contemporáneo de Jesús, **existe un deseo de Dios**, pero la necesidad del cuerpo, las preocupaciones de cada día, las enfermedades... toman posesión de nuestra voluntad, nuestro ser, hasta tal punto que olvidamos que somos hecho por el Señor.

Pero, después de desvelar el secreto de su corazón, añade: «*Trabajad, no por alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a éste lo ha sellado el Padre, Dios.*»

Es verdad que no se podemos esconder la luz del sol con la palma de nuestra mano; y todavía menos, ante Cristo no podemos escondernos y menos lo que tenemos por dentro del corazón. Él sabe todo. Y si nos identificamos a los judíos del tiempo de Jesús, podemos llegar a la conclusión que nos falta el discernimiento a la hora de pedir al Señor. Pero no hay que alarmarse, porque la fuerza del Espíritu del Señor ilumina los corazones de los que han nacido de Dios, lo cual nos puede llevar a constatar que no conocemos al Señor y tampoco por qué ha venido a nosotros.

El Señor se da a conocer de forma particular a cada hombre y al mismo tiempo nos hace ver nuestros errores, no para castigarnos, sino para que volvamos a Él de forma sincera y confiada. Ahora estos preguntan al Señor **¿qué tenemos que hacer?**

Nada más, **hay ponerse ante Él**; frente a Él, con los oídos abiertos y el corazón sensible a su Palabra, le pedimos **el don del Espíritu Santo**. Que haga resonar en nosotros el deseo del verdadero alimento, que es Cristo. Que nos Enseñe a elegir a Cristo y decirle “Sí” de corazón en cada una de nuestras acciones. Permítenos seguirte Señor sin miedo y amarte más que todo.